

**Sagrario Torres, Estremecido verso (Antología poética), edición de José María Balcells, Ciudad Real (Diputación Provincial), 2006, 227 pp.**

Podría pensarse que el estudio introductorio que acompaña a una obra literaria puede resultar prescindible. Sin embargo, eso no ocurre en el caso que nos ocupa, pues la obra de Sagrario Torres (1922-2006), poeta de Valdepeñas fallecida cuando esta antología estaba siendo ultimada, presenta una mayor complejidad de lo que a simple vista parece. Complejidad que radica en el hecho de que los diferentes poemarios que integran el conjunto de su brillante producción poseen un sólido carácter unitario que dificulta en cierta medida, como ya nos advierte el profesor Balcells en su certero prólogo, el acercamiento de forma individualizada a unos textos que “constituyen fragmentos de la obra en la que se inscriben y en el transcurso de la cual adquieren pleno sentido” (p. 25).

Sin embargo, conviene añadir también, ello no es óbice para que la compleja individualidad de estos poemas decaiga lo más mínimo, ni para que esa aparente dificultad previa se olvide gracias al rigor y cuidado con que han sido realizados, tanto el imprescindible estudio introductorio, como la selección ofrecida. Ese mismo rigor

hace de este libro una obra unitaria, homogénea, que ofrece una poesía implacable, surcada por una serie de temas y obsesiones que afloran, pese a la distinta cronología de los textos, ligados con vehemencia en una precisa visión de conjunto, demostrando, al cabo, que las claves estructurales y temáticas de esta antología son las mismas que, en el fondo, articulan toda su producción lírica.

En ella el profuso cultivo y dominio del soneto individualiza a Sagrario Torres como pionera dentro de la poesía femenina del siglo XX, y aún en el múltiple decurso de las letras castellanas (recuérdense ilustres precedentes como Sor Juana Inés de la Cruz), aunque tendiese, a menudo, a supeditar el prestigio infiel de las maestrías de la hechura a la sublime expresión del sentimiento. Podría decirse así, que el de esta poeta, adscrita por edad a la llamada generación del medio siglo o primera promoción de posguerra, resulta un trayecto caracterizado por la incidencia en la retórica del “sentimiento”, vivido éste a través del “estremecimiento”, pues es la suya una “lírica estremecida”, como apunta el título del estudio introductorio, una lírica en la que “alienta un perceptible

temblor anímico, y una actitud espiritual manifiestamente sobresaltada ante la realidad del ser y las circunstancias del vivir" (p. 12). Se percibe, pues, una búsqueda constante de un espacio vital, de un paisaje interior en el que priman las fibras vitales del elemento autobiográfico más o menos transfigurado, cuya enarbolación conduce a la poeta a un sutil autoconocimiento marcado por la depuración de la memoria. Aunque justo es reconocer que, por el fluido compás de sus versos, desfilan también otros temas: la inquietación metafísica, la preocupación religiosa, la sublimación de la realidad, el dolor de lo efímero (y la asunción de la caducidad vital frente al desangrarse del tiempo), la conciencia ecológica, amén de la sempiterna temática amorosa orlada de cierto carácter mítico al proyectarse hacia la figura del Quijote.

Este vehemente acopio de cogitaciones, tamizadas en los poemas por la mirada personalísima de Sagrario Torres, es diseccionado con el fino escalpelo del buen conocedor y amante del género en el medido prólogo. En él se nos acerca a la honda evolución de una lírica en la que, salvado un rico estadio previo al margen de cenáculos y marcado por la participación en revistas y recitales, podrían distinguirse (así lo hace el profesor Balcells) dos etapas fundamentales. La primera con cuatro libros:

Catorce bocas me alimentan (1968), Hormigón traslúcido (1970), Carta a Dios (1971) y Esta espina dorsal estremecida (1973). En este periodo, iniciado y concluido con sendos libros de sonetos, el "sentimiento se declara, presenta y analiza en sus diversas radiaciones" (p. 11), pues sus versos ilustran las claves del repertorio emocional y temático de la autora, ya desde el primer libro citado, que se inicia, a modo de presentación, con un machadiano (por Manuel) "sonite", firmado por Juan Alcaide. Abunda en este poemario la reflexión metapoética ("El árbol mío", p. 36), la visión de la naturaleza como refugio y salvación ("No es fantasía", p. 38), la indagación metafísica ("El volcán", p. 40), claves que se extenderán, ampliándose, en libros posteriores. Por ejemplo en Hormigón traslúcido (1970), donde da entrada al erotismo ("Sudor", p. 61) y a profundas reflexiones sobre la muerte y el paso del tiempo ("Sin que logremos nada, nos morimos", p. 69), desde una perspectiva que entroncaría con el estoicismo senequista de escritores áureos como Quevedo. En Carta a Dios (1971), uno de sus poemarios más reconocidos de esta etapa, aborda, desde una óptica siempre personal y originalísima, temas extraídos de la tradición, entre ellos: "omnipresencia divina, silencio de Dios, esperanza convicta en la vida sobrenatural" (p. 17), etc.

Este primer ciclo creativo se caracterizaría formalmente por una

incesante exploración y búsqueda de los límites del lenguaje y de los recursos métricos. En *Esta espina dorsal estremecida* (1973) están ya presentes dos de las claves que muestran su anhelo de renovación y su delicado dominio de los aspectos formales: la creación del “sonexástrofo” y la aparición de un “Soneto –sin sinalefas– ante una calavera que tuve, como huésped, varios días en mi casa” (p. 124), compuesto, como su propio título indica, sin una sola sinalefa, algo muy poco común en la lírica castellana, tal y como la propia autora pudo constatar tras leer la friolera de más de doce mil trescientos sonetos. Por su parte, el “sonexástrofo”, pasa por ser un tipo de composición original de la autora, inspirada en el soneto y consistente en “tres cuartetos y tres tercetos, un módulo que nunca antes se había registrado en la historia de las letras hispánicas, puesto que [...] la ampliación del estrambote siempre se produce al final del poema, nunca en el seno del mismo” (p. 18).

En la segunda etapa de su producción el verso se libera en mayor medida de la sujeción a esquemas rítmicos predeterminados. Ahora la poeta repasa su trayectoria vital, la limpidez de la mirada infantil, la crisis que supone la entrada en el mundo adulto, el amor imposible y la comunión con la naturaleza. También son cuatro los libros que

configuran este periodo: *Los ojos nunca crecen* (1975), *Regreso al corazón* (1981), *Íntima a Quijote* (1986) y *Poemas de La Diana* (1993). A ellos se podría añadir *Ritmos desde el péndulo de mi vida* (en prensa), una recopilación de sonetos (ofrecidos en orden cronológico inverso) que habían quedado dispersos en publicaciones varias desde la década de los cuarenta. En algunos casos se trata de poemas de circunstancias, mientras que en otros aborda algunos de sus temas más caros, como la ecología (“Desolación, fuego y muerte en las Tablas de Daimiel”, p. 224) y lo efímero de la existencia (“Deseo”, p. 227).

En *Los ojos nunca crecen* (1975) se percibe un menor retoricismo y una mayor desnudez expresiva, aunque abundan los heptasílabos y endecasílabos blancos. Todo el libro se deja embriagar, igual que los anteriores (y en mayor medida incluso que ellos), por la dulce mansedumbre del recuerdo marcada por la intensidad del elemento autobiográfico, muy presente sobre todo en composiciones como “Ocho puertas había en aquel patio” (p. 147) y “Parloteaba un día con mi madre” (p. 160). Por su parte, *Regreso al corazón* (1981) contiene un conmovido soneto y varios poemas escritos fundamentalmente en versículos whitmanianos, abundando de nuevo el tono confesional y autobiográfico. Sin

abandonar su propia trayectoria, su lenguaje explora ahora la vía más rigurosa, generosa en su profusión de imágenes, que dejan entrever, tanto el neosurrealismo, como el culturalismo, mostrando una visión intelectual del mundo afín a la vigente en aquellos años. En *Íntima a Quijote* (1986), como había sucedido en *Carta a Dios*, encontramos un claro tratamiento epistolar sopesado por el uso del verso libre con la única excepción de tres sonetos, uno de ellos ("Contigo irá mi sombra", p. 203) incluido en la antología. El libro manifiesta una confesada devoción platónica por la figura del mítico personaje cervantino, en cuya visión, como señala el profesor Balcells, "se subsumen ciertas ideas unamunianas, la búsqueda del alma quijotesca que propuso Jorge Guillén, o la convicción de Cernuda de que en Alonso Quijano había un espíritu de poeta" (p. 23). Por último, la poeta ofrece una personal versión de lo bucólico en los *Poemas de La Diana* (1993), cuyo título hace irónica referencia al campo de tiro que, pese a la oposición popular, se

construyó en el pueblo de Anchuras. Para la elaboración de este poemario, que manifiesta una profunda conciencia ecológica con escasos precedentes en la lírica castellana, Sagrario Torres se trasladó una temporada a Cabañeros y Anchuras (Ciudad Real).

A modo de conclusión, justo es reconocer que, entre las bondades efectivas y laudables de esta antología, figura la de ser un libro palpitante, que muestra una obra poderosa, reconcentrada y de extraña intensidad. Una obra que evita, en la compleja limpidez de sus versos, toda dispersión innecesaria, aunando a la sazón, con la misma naturalidad, espacios reales y paisajes interiores. Una obra, en definitiva, que posee un marcado acento personal propio y que, con vehemente sinceridad, aspira a convertirse, sin lugar a dudas, en arte intemporal en cuyo seno se aglutinan, claramente hermanadas, tradición y vanguardia.

**Mario Paz**